



El problema del Extremo Oriente.

¡Asia! ¡Patria común! ¡Cuna del mundo!
¡Profetisa inmortal de las naciones!

TASSARA.



En la crónica del número anterior decía que el trascendentalísimo problema del Extremo Oriente merecía ser tratado con alguna extensión en ESPAÑA Y AMÉRICA por su excepcional importancia. El asunto es difícil é intrincado y nuestra suficiencia escasa. Pero conviene á todos conocer á fondo una cuestión tan capital en el desarrollo histórico de las naciones, y á falta de otro trabajo mejor nos atrevemos á presentar al público indulgente y benévolo este breve y modesto ensayo.

I

Asia ha tenido siempre el privilegio de encerrar los destinos del género humano. Allí empezó la vida inteligente y ardió por primera vez la antorcha de la revelación divina. Ha sido teatro de todos los grandes acontecimientos históricos, y aun después de la dispersión de las gentes y del cumplimiento de los misterios y de la hegemonía de Europa sobre el mundo, sus aguas y sus campos han presenciado como testigos mudos las más formidables batallas de la humanidad por el progreso. Porque toda la historia humana no es otra cosa que la lucha eterna, irremediable, fatal, de la cultura y la ignorancia, de la civilización y la barbarie, del progreso y la reacción. Y es que el hombre, por un abuso de su libertad, puede llegar á ser siervo del error y del pecado, en lugar de ser rey por la soberanía participada de la verdad y del bien.

Del Oriente nació el Occidente, y entre ambos se declaró pronto la guerra, que no ha de acabar sino con el reconocimiento y práctica del principio salvador de la sociedad de las naciones. Grecia, Roma, la cristiandad de la Edad Media, los Estados modernos, Europa, en fin, en todo tiempo ha ido á su cuna primitiva Asia, á reñir la gran batalla de los futuros destinos de la humanidad. Es el encuentro fatídico y necesari-

rio, solemne y desgarrador, de dos civilizaciones antitéticas, de la libertad y del despotismo, del movimiento y del reposo, de la actividad y de la inercia, del aislamiento y de la expansión. Han intervenido, es cierto, en ocasiones motivos criminales, y Asia ha llegado hasta la misma Europa á sembrar el exterminio y la muerte. Pero mirando al conjunto de los siglos, la lucha europeo-asiática se ha desenvuelto de



EL EMPERADOR MUTSIHITO DEL JAPÓN

ordinario en los países orientales y el carácter fundamental de esa lucha no ha consistido en otra cosa que en la antítesis de las dos civilizaciones. Y como la europea es la verdadera civilización, por ser cristiana y por ser bíblica, ha triunfado constantemente de la asiática, cumpliéndose así las proféticas palabras de Noé, que son ley permanente de la historia: «Bendito el Señor de Sem; sea Canaan su esclavo. Dilate Dios á Japheth y habite en las tiendas de Sem, y sea Canaan su esclavo.»

Canaan es el símbolo de los pueblos asiáticos y africanos degenerados por el paganismo. Japheth es la representación de los pueblos europeos, libres y activos, civilizados y cultos, que habitaron en las tiendas de Sem por la conquista, ó, como enseña San Agustín en la *Ciudad de Dios*, por su conversión á la Iglesia, á la que fueron infieles los semitas, crucificando á su divino Fundador. En uno y otro sentido es históricamente cierta la preeminencia de Europa sobre Asia y sobre el mundo.

II

Diferencial nota de la civilización de los chinos es el orgullo insensato de su suficiencia, el apego atávico y regresivo á la rutina tradicional, y como resultado de estas dos ideas un aislamiento impenetrable, el desdeñoso desprecio de los extranjeros y la negación práctica de la solidaridad humana. Semejantes extravagancias han hecho del pueblo chino algo así como un episodio particular en la evolución histórica de las sociedades. Mas en el siglo XIX, el siglo por excelencia de las grandes batallas intelectuales y económicas, no podía seguir el imperio sinense en su rutinario apartamiento. Un año ú otro habían de llegar á sus fronteras los vientos de la civilización de Europa, y á su recio empuje estrepitosamente se abrirían las puertas y se derrumbarían las murallas de la nación caduca, como al sonido de las trompetas sacerdotales se desplomaron las de Jericó. El majestuoso sonar de las trompetas se substituyó en China por el pavoroso estampido del cañón, y ante los horribles estragos de la bárbara música de los *diablos* de Occidente, el *Hijo del cielo* vióse obligado á capitular, entrando, aunque á remolque, China en el concierto de las naciones.

La presencia de los europeos y el contacto de su civilización con la raza mongólica no podía ser agradable al Gobierno chino, interesado como todo poder despótico en el estacionamiento y servidumbre del pueblo. Dió, sin embargo, origen á la formación de un partido llamado *progresista*, el cual, ante el hecho inevitable de la lucha por la existencia, afirma la necesidad absoluta de que China, si quiere vivir y no ser arrollada por el empuje avasallador de Europa, menester es que se levante de su decaimiento y adopte la civilización occidental. Lo que en el imperio del Medio defendía y defiende un partido insignificante fué una realidad en el imperio del Sol naciente, y hoy el Japón, por sus propios intereses y la mancomunidad de raza, desea que China imite su

ejemplo, para no ser despedazada por la codicia europea, reservándose el papel de director supremo.

Pero hay un Estado occidental, Rusia, opuesto radicalmente á la civilización de China. Por su vecindad geográfica, por sus afinidades étnicas y por el recuerdo de la conquista de los mongoles, es para Rusia el problema del Extremo Oriente esencialmente político, una cuestión de vida ó muerte como colectividad histórica. Porque, á la verdad, si China, nación compuesta de 400 millones de habitantes, se transforma y se robustece por la cultura europea, sin perder por eso el odio al extranjero, como no le ha perdido el Japón, entonces Europa, y sobre todo Rusia, peligrarían en su vida política, y la transformación del Extremo Oriente llevaría consigo la del mundo entero, con daño, quizá, de la misma civilización. Por esto afirma con sobrado motivo el estadista norteamericano Josiah Quincy que la política de Asia está íntimamente ligada á la de Europa, si no es que contiene el porvenir de la humanidad. Por eso mismo la política de Rusia ha consistido siempre en ser amiga, diplomáticamente hablando, de China y enemiga de todo engrandecimiento de la raza mongólica, para ir poco á poco, y con seguridad, apoderándose del Celeste Imperio. Prueba evidente de lo que decimos es la conducta de Rusia desde la guerra chino-japonesa. Primero cortó las alas al Japón, negándole lo que exigía por derecho de conquista, y después astutamente se fingió protectora del Gobierno chino, dándole el dinero necesario para la indemnización de guerra, pero sacándole permiso para que el ferrocarril transiberiano, empezado en 1841, continuase por la Mandchuria y llegara hasta Puerto Arturo, ocupando, como es consiguiente, la riquísima región manchú y el mejor puerto de la China.

Tal es la política de Rusia ante el peligro *amarillo*. Pero ¿existe el peligro amarillo? Contra lo que parece deducirse de un notable folleto del Sr. Antón del Olmet y en vista de las cartas de nuestros misioneros, afirmamos resueltamente su existencia.

El peligro amarillo consiste en la adaptación de la cultura europea á la raza mongólica, y, más que en nada, en el odio de ésta contra la raza blanca, odio que sería funesto el día que se civilizasen los inmensos territorios del Extremo Oriente. La adaptación de la cultura europea se está iniciando, y el odio bien manifiesto ha sido durante el siglo XIX en la revolución de los *boxers* y en la anterior de los *Taipings*. Y no vale decir que estas revoluciones, como otras que no mencionamos, fueron simplemente una manifestación del malestar social y político del imperio, un sintoma del fermento revolucionario que allí existe desde que en 1641 fué destronada la dinastía china de los Ming por la actual manchú, una guerra, en fin, de bandoleros disfrazados de patriotas, y que esas revoluciones no habrían tenido importancia alguna si no hubiera sido por la envidia, rivalidad y egoísmo de las potencias. No; antes que eso las dos revoluciones, cuyo fuego todavía dura y durará, fueron princi-

palmente una reacción cruenta contra los extranjeros, una protesta nacional contra la intromisión de Europa. Son testimonios elocuentes los crímenes cometidos en los blancos y en los cristianos, y los documentos oficiales que prueban la inteligencia y complicidad del Gobierno con los asesinos revolucionarios.

No negaremos que el pueblo chino, política é históricamente considerado, sea casi un cadáver, como lo es toda sociedad dominada largo tiempo por castas privilegiadas y gobiernos despóticos. Esta es la suerte de todos los pueblos orientales, donde la filosofía y la religión, la literatura y el arte, en vez de elevar las razas, han contribuido á embrutecerlas y esclavizarlas, matando así todo principio de desarrollo y fuerza, de movimiento y vida. Pero es demasiado cierto también que Dios hizo sanables las naciones, y que China, convencida de que perecerá arrastrada por el carro triunfador de los países cultos si no sale de su atraso letal, puede levantarse y caminar decididamente por las vías que recorre, hace medio siglo, el Japón. Esto se quiso hacer, poco antes de la revolución boxer, por Chang Yu Kuang; y aunque dió origen á la destitución del Emperador Kuang-Su y á la regencia de su malvada madre la Emperatriz actual, indicio es de que en China existen elementos, y elementos influyentes, favorables á la civilización de Europa.

Tampoco contradiremos que la masa general del pueblo chino no profesa odio á los extranjeros. Pero basta que los letrados y los mandarines, es decir, los verdaderos amos y explotadores del Imperio, sientan una aversión profunda á los que llaman *bárbaros* occidentales, para que el pueblo participe también de esa aversión, y más en China, donde el pueblo no es nada y las clases directoras lo son todo. Y el odio no desaparecerá con la adopción franca de la cultura europea, pues en el Japón existe; y en el Celeste Imperio no sólo le sienten los *xenófobos*, que son los más y están apoderados de la administración y el gobierno, sino también los llamados *anglófilos* ó *progresistas*. Ly Ung Chang comprendió la necesidad de que China evolucionara para no ser una presa gigantesca de Europa; mas, aunque disimulada, no fué menos mala su voluntad hacia el extranjero. En una conferencia dada en la Sociedad Geográfica de Madrid en las navidades pasadas, D. Juan Mencarini, conocedor profundísimo del Extremo Oriente, aseguró también que la juventud china despierta en alas del progreso, mas con el propósito de aplastar las ambiciones de la raza blanca, que quiere que sucumba al peso de la amarilla.

III

Existe el peligro amarillo, y á prevenirle tiende la política exterior de Rusia. Pero Inglaterra, su jurada rival, opina de distinto modo. Para ella, ó no existe el peligro amarillo, ó, de existir, es menos grave y más remoto que el poderío moscovita. Intranquiliza demasiado á la Gran

Bretaña el engrandecimiento colosal de Rusia, y de aquí que su política en el Extremo Oriente se encamine á la amistad con el Japón y á que China siga el ejemplo de éste en instruirse y fortificarse, con objeto de contener la expansión del Imperio ruso. Poner un dique al *Oso del Norte* es lo que más preocupa, por el momento, á la soberbia Albión.

Conviene advertir, para juzgar con acierto de las dos políticas, británica y moscovita, que el problema del Extremo Oriente es más comercial que político para Inglaterra, así como es más político que comercial



EL ALMIRANTE RUSO ALEXEIEFF

para Rusia. La primera defiende principalmente el *status quo* y la *puerta abierta*, y sólo quiere la restauración de China para contener á Rusia, contra la que algunos hombres de Estado ingleses han propuesto la coalición permanente de las naciones amarillas, germánicas y anglosajonas. La segunda, impulsada por su comercio y hasta por su defensa á extenderse y buscar costas en el mar de China, ve en la adaptación de la raza amarilla á la cultura europea un peligro para su seguridad, y de ahí su enemiga á toda solución inspirada en un fin civilizador, y su intento de deshacer políticamente el imperio chino, dominándole y ocupando paulatinamente su territorio. Y es tal en este punto la intransigencia de Rusia, que no quiere compartir con nadie el dominio del Extremo Oriente, por lo menos el de sus puntos más estratégicos de mar y tierra.

De muy diverso modo juzgaba Alemania, mayormente después de la alianza franco-rusa. Verificada ésta y concluída la guerra chino-japonesa, al ver que Rusia ocupaba Puerto Arturo, y en compensación Inglaterra Wei-Hai-Wei, se apoderó ella de Kiao-Cheu y puso sobre el tapete la cuestión de las *esferas de influencia*, y, como quien dice, el reparto del Celeste Imperio. Pero la diplomacia rusa se aprovechó entonces del disgusto que las concupiscencias de Europa tenían que despertar en los chinos, y, ofreciendo hipócrita y cautelosamente al Tsungli-Yamen (Superintendencia de Negocios extranjeros) su valiosa ayuda, fomentó el levantamiento de los I-Ho-Chuan, ó *boxers*, en el instante preciso en que el leopardo inglés estaba luchando desesperadamente en el Transvaal. El resultado fué la afirmación de su dominio en la Mandchuria, ocupándola con 300.000 cosacos, mientras Inglaterra y Alemania se quedaron con sus pretensiones sobre la región del Yang-tzse y la cuenca del Hoang-Ho. No hay que decir que Francia secundó admirablemente á Rusia, aunque sin provecho alguno, ó con bien poco provecho para sí. Es el papel indigno que corresponde á la Francia revolucionaria en monstruosa alianza con un Estado autocrático.

No es mi objeto recordar ahora la expedición armada internacional á Pekín, ni el término desastroso de las negociaciones entabladas entre China y las grandes potencias después de la revolución boxer. Sólo me fijaré, expuesto ya lo que pudiera llamarse el estado de la cuestión, en la actitud respectiva de los países más interesados en el problema de la China, para venir á tratar después del actual conflicto entre Rusia y el Mikado y de la solución cristiana y civilizadora que debe darse, para bien de todos, al referido problema del Extremo Oriente. De la actitud ó política de algunas potencias he indicado bastante arriba; pero juzgo oportuno insistir y ampliar las reflexiones sobre un aspecto que es el más interesante de la cuestión.

FR. PEDRO MARTÍNEZ VÉLEZ,

(Continuara.)

O. S. A.